

ARKHAM
HORROR

EL CULTO A LA REINA ARAÑA

S.A. SIDOR

minotauro

ARKHAM HORROR

EL CULTO *a la*
REINA ARAÑA

S. A. SIDOR

minotauro

Título: *El culto a la Reina Araña*

Copyright © 2023 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y/o sus afiliados.

Título original: *Cult of the Spider Queen*
Ilustración de la cubierta: Daniel Strange

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Laura Vázquez

ISBN: 978-84-450-1497-4
Depósito legal: B. 19.893-2022
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1927

1

A la atención de Andy

El paquete no era para él. Andy nunca recibió ningún correo en el periódico. No estaba al nivel de otros periodistas y nunca recibiría uno, y menos con el tipo de historias que le asignaban. Una somnolienta y deprimente mañana de lunes en la que paseaba aburrido por la oficina de correspondencia con una taza humeante de café en la mano mientras se lamentaba de ello, divisó un curioso paquete en la mesa de selección de la oficina. El tamaño en sí no era nada del otro mundo: era redondo y plano, como una caja de bombones. Lo que le llamó la atención, aparte del aspecto gastado del envoltorio (de un color caqui salpicado por la lluvia, desgastado por los bordes y atado con una cuerda oscura y mohosa), fue la gran cantidad de sellos rojos que lo adornaban y la estampilla.

¿De algún lugar de Brasil? ¿Eso decía?

Se inclinó hacia delante y giró la caja para leerla mejor.

Demonios, tenía razón.

Manaos, Amazonas, Brasil.

El remitente no mencionaba ningún nombre ni calle alguna. La dirección del *Advertiser* también era general y no contenía indicaciones para hacérselo llegar a un editor o periodista en concreto.

Solo se podía leer una palabra: ¡ATENCIÓN!

Y garabateado debajo de ella: ¡ABRIR INMEDIATAMENTE!
¡URGENTE!

Mmm... interesante. ¿Quién iba a querer enviar algo al *Arkham Advertiser*, situado en la fría, antigua y gris Nueva Inglaterra (Estados Unidos), desde la selva amazónica? Levantó la caja por un borde. Era pesada, por lo que la opción de los bombones quedaba descartada. Parecía más bien una lata de algo.

Pero ¿de qué?

Tuvo la tentación de darle una buena sacudida. Quizás así se haría una idea...

—¿Puedo ayudarlo, joven?

El gerente de la oficina de correspondencia era un señor de mediana edad que lucía un elegante bigote y una pajarita que parecía haber sido anudada por un estrangulador. Los ojos se le salían de las cuencas.

Andy se sobresaltó y le faltó poco para derramar el café. El novato miraba con tal fijación el paquete que no se había dado cuenta de que el hombre se le había acercado. Ambos permanecieron de pie a cada lado de aquella abarrotada mesa y el hombre le dedicó una mirada helada.

—Hola, soy Andy Van Nortwick. Trabajo arriba.

No recibió ninguna respuesta.

Llevaba trabajando para el periódico casi un año. Mucho más si contabas sus días de repartidor, en los que recorría las calles de Arkham en bicicleta a primera hora de la mañana. Por aquel entonces empezaba a llevarse lo de la entrega a domicilio, y lanzaba sus fardos hacia los porches y las escaleras de entrada al tiempo que ponía a prueba su brazo de parador en corto.

—Apuesto a que me has visto por aquí, ¿no? —insistió Andy.

—No.

Andy bajó la mirada, decepcionado.

—Me estoy esforzando en mezclarme con el resto para poder observarlos. Eso es lo que hacen los mejores periodistas: nunca se interponen en el camino de una gran noticia. Debe de dárseme bien.

—Podrías hacerlo mejor —respondió el gerente, que entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas.

Andy estaba a punto de disculparse cuando, de pronto, una idea loca se abrió paso hacia su mente.

—Mira, me preguntaba si, ya que estoy aquí, hay algo que pueda subir por ti. Así después te ahorras el viaje. —Andy sonrió y tiró de la cuerda del paquete con el pulgar. Esperaba no ser demasiado obvio, pero de pronto sintió el impulso de saber qué contenía la caja.

Necesitaba saberlo.

—Aún no he acabado de poner orden —dijo el gerente con una actitud más agradable—. Los lunes son horribles. El equipo del sábado es un completo desastre; lo que ves en la mesa es obra suya. ¿Quién sabe a qué se dedican además de idear una manera de aumentar mi lista de tareas pendientes? Hoy ni siquiera ha llegado el correo.

Entonces sonó el timbre situado sobre la puerta y un hombre uniformado que llevaba una cartera colgada del hombro entró con un empujón.

—Hablando del rey de Roma... Enseguida estoy contigo, Ed. —El gerente se volvió hacia el mostrador situado frente al acceso público al edificio del *Advertiser* de la calle Armitage—. Como se suele decir, «ni la nieve, ni la lluvia, ni la oscuridad de la noche». ¿Sabías que esa frase es de Heródoto?

—Seguro que ese viejo griego tenía alma de cartero —dijo Ed.

Su gorra estaba pingando por la lluvia y su uniforme de lana olía a humedad. Una ráfaga de viento propio de noviembre provocó un susurro de papeles en la oficina de correspondencia.

Andy se estremeció. No estaba preparado para otro largo y frío invierno encerrado entre cuatro paredes.

Tenía una corazonada sobre el paquete de Brasil. Su instinto le decía que en su interior ocultaba una buena historia, y no iba a permitir que se echara a perder. O, aún peor, que se la pasaran a uno de esos gaceteros de arriba que bebían *whisky* a escondidas de las botellas ocultas en los cajones de su escritorio, masticaban cigarrillos putrefactos y lo trataban como a un don nadie.

Mientras los dos hombres se dirigían hacia el otro lado de la oficina de correspondencia, Andy tomó el lápiz que llevaba tras la oreja. Sin dudarle ni un instante (porque si le daba demasiadas vueltas perdería la calma), se inclinó sobre el paquete y añadió una nota rápida a la dirección.

Esta pasó a decir: ¡ATENCIÓN! ¡ANDY VAN NORTWICK, PERIODISTA!

«Eso ya me gusta más», pensó.

Aunque había un problemilla.

Su anotación no cuadraba con el resto del mensaje, escrito con tinta. Sin embargo, esta se había desteñido, como si la caja se hubiese tostado en un muelle tropical antes de acabar en la bodega de carga agujereada de un buque de mercancías donde sería pisoteada por ratas durante un viaje de una semana rumbo al norte. Andy mojó el dedo en el poso de su café y dejó caer una gota sobre su nombre. Distaba mucho de la perfección, pero las letras se oscurecieron lo suficiente para que se pudiesen leer sin levantar sospecha alguna.

Metió el paquete entre dos pilas de sobres y subió para esperar la llegada de su gran oportunidad.

Andy compartía escritorio con el periodista deportivo más famoso del *Advertiser*. Sean Red Phelan tenía otro escritorio entre sus amigos de mentalidad atlética en el que le daban a la lengua sobre béisbol, carreras de caballos y boxeadores, pero el escritorio que Red compartía con Andy era donde iba para escapar de los chicos. Eso significaba que el novato tenía que encontrar otro sitio al que largarse cada vez que Red necesitaba cumplir un plazo de entrega o echar una cabezadita después de una noche de fiesta. Su escritorio se encajaba de manera conveniente tras un pilar.

Aunque en esos momentos era todo para Andy.

Se inclinó hacia atrás sobre su silla y comenzó a soñar despierto.

«El Amazonas...».

Si ese lugar no implicaba aventuras, ningún otro lo haría. A Andy le encantaba el concepto de jungla: el desafío de sobrevivir al filo de la navaja entre la vida y la muerte en un lugar realmente salvaje, perdido en medio de millas y millas de un verde impenetrable indistinguible del mundo elemental de los dinosaurios. Allí la gente avanzaba según sus habilidades y lo que sabían importaba más que quiénes eran. Las únicas reglas establecidas eran las de la asombrosa indiferencia de la naturaleza; no estabas sujeto ni a los caprichos ni al favoritismo humanos. Él lo cambiaría por esa sofocante oficina, con su humareda azul y sus historias de trastienda. Ahí no se oía el canto de los pájaros, sino el repiqueo de las máquinas de escribir.

El único río que sonaba era el de las conversaciones interminables.

Siendo estudiante, Andy se había refugiado en las historias de aventuras. Los deberes lo aburrían, pero siempre había sido un gran lector.

Haggard, Doyle, Kipling, Burroughs... Se sumergía en sus fantasías, pero al final nunca bastaban. Sospechaba que era porque escribían obras de ficción y nada de aquello era real. Himnos al imperio: su naturaleza era evidente. Los autores defendían ejemplos de violencia colonial y horribles injusticias culturales en nombre del progreso occidental. Hombres blancos elitistas proclamando su dominio del mundo. ¿A qué precio?

Andy no era un radical como John Reed. Ahora que el presidente Coolidge había decidido no volver a presentarse a las elecciones, no sabía a quién votaría al año siguiente. Mucha gente de Arkham, sobre todo los ricos, esperaban que los años de auge no acabaran nunca. El joven Andy anhelaba una experiencia vital auténtica, un viaje fuera de Arkham, donde había pasado toda su soporífera vida. Escapar, esa era la clave. Quería ampliar su visión del mundo. Andy se inclinó hacia delante y echó un vistazo alrededor del pilar.

Ningún correo a la vista.

Su misterioso paquete procedente de Manaos se había quedado atascado en tránsito.

Apenas podía resistirse a buscarlo por los pasillos, pero tenía que mantener la calma. No podía actuar de manera sospechosa. Lo que había hecho era éticamente cuestionable en el mejor de los casos.

Y en el peor...

No se permitió pensar más en ello. Andy quería labrarse un nombre. El redactor jefe del *Advertiser*, Doyle Jeffries, dirigía un negocio complicado y no toleraba que se violasen las normas; no en su departamento de noticias. Era un chismoso hasta la médula, un purista de las pruebas concluyentes y de los estándares elevados, pero no era fácil entrar en el círculo de los periodistas de investigación. Número tras número, siempre eran los mismos quienes firmaban las portadas. Demonios, Andy tenía que admitir que estaba celoso. ¡Pues claro que lo estaba! Él quería entrar. Y durante mucho tiempo estuvo convencido de que Jeffries ni siquiera sabía su nombre. Llegó a apostar con su compañera Minnie Klein una porción de tarta de cereza de Velma a que no podía conseguir que Jeffries lo reconociese tras una reunión, y Minnie acabó pagando la tarta.

La única vez que consiguió la completa atención de Jeffries fue un desastre total. Andy tenía suerte de conservar su trabajo. No debería estar

jugándose el sustento por una caja cuyo contenido ni siquiera podía adivinar. ¿Y si alguien descubría que había alterado el destinatario?

Jeffries no lo toleraría. No como a otros empleados más experimentados, por ejemplo, Rex Murphy, quien, a pesar de haber metido la pata hasta el fondo en varias ocasiones, contaba con el respeto del redactor jefe. Andy tenía que abrirse camino hasta la cima para ponerse al nivel de Minnie o Rex.

¿Cómo iba a hacerlo con las migajas que le dejaban?

Las noticias no bastaban para vender periódicos. Eran los periodistas deportivos como Red Phelan quienes lo hacían, y Andy no iba a conseguir una buena racha desde el banquillo. Podía sentir cómo se escapaban sus oportunidades con cada semana que transcurría. Si no se aferraba pronto a algo...

Había aprendido que hay que aprovechar el futuro.

Tenía pensado abrir el paquete con cuidado, echarle un buen vistazo y mirar si ahí dentro había algo relevante. Quizás un rumor de intriga internacional que provocase un gran revuelo a las orillas del Miskatonic. Andy tenía la sensación de que el paquete contenía algo importante. Sabía que parecía un cliché, una corazonada de reportero, pero iba más allá del instinto periodístico. Sentía una conexión casi inquietante. Esa caja encerraba su destino, lo sabía.

Si finalmente decidiese rechazarlo, lo dejaría todo de nuevo en su sitio y diría que había llegado a sus manos por error.

Puso los pies en alto y hojeó su cuaderno de tareas.

Ay.

Aquella semana querían que derramase tinta sobre la actualización del horario de los autobuses hacia Innsmouth, una exposición del museo, una venta de pasteles en la iglesia y una tubería rota que había inundado un almacén en la calle del Río.

Andy arrojó su libreta.

Horarios de autobús y ventas de pasteles... Fugas en tuberías...

¿Cómo iba a ascender así?

Pero esa caja... Esa cajita marrón...

Una jaqueca palpitó en sus sienes. En la oscuridad, tras sus ojos, vio cómo la caja se movía. Se imaginó que flotaba en su dirección.

¿Por qué de repente algo desconocido era tan importante para él?
¿Así era como empezaban las obsesiones? ¿Como un goteo que te llenaba el cerebro poco a poco hasta que no quedase espacio para nada más? La presión en su mente crecía.

La caja.

Quien la había enviado desde Manaos, obviamente, no lo conocía. Para esa persona, Andy no existía. Y para Andy esa persona no había existido hasta aquella mañana en la oficina de correspondencia, cuando algo que no era solo curiosidad le había dicho qué hacer. «Escribe tu nombre, Andy. Hazlo tuyo. Róballo si hace falta.»

Ahora era capaz de imaginárselo vagamente.

El aire húmedo, el olor del agua y del barro, las dos manos bronceadas anudando la cuerda, el ajetreo del puerto, los ruidos de la vida, las voces que hablaban en una o varias lenguas que no comprendía...

El tintineo de unas monedas y un montón de billetes arrugados deslizándose por un mostrador...

Alguien lamiendo los sellos y presionándolos sobre el papel...

Lo veía.

Andy sabía que aquello parecía aún más inverosímil.

Sin embargo, después de aquel último verano y de lo que había presenciado en el hotel Silver Gate, no descartaría nada. Y mucho menos la posibilidad de que ocurriese algo... extraño.

Andy había ido al hotel para entrevistar a un artista famoso, un pintor del movimiento surrealista llamado Alden Oakes. El hotel se había incendiado un año antes y Oakes, que había sobrevivido a aquella horrible y mortífera catástrofe, había vuelto a la ciudad para la gran reapertura del Silver Gate. La historia que contó a Andy en las siguientes horas fue... peculiar. Fascinante e insólita. Andy no estaba seguro de hasta qué punto se la creía, pero sorprendentemente había sacado de todo aquello lo que él pensaba que era una historia buenísima. Era una noticia candente (aunque no tenía claro si arriesgarse a mantener el juego de palabras cuando se la presentara a Jeffries). Si el redactor jefe le daba el visto bueno, se convertiría en el mayor artículo que habría escrito para el *Advertiser* y entonces no podrían ignorarlo.

Aunque la cosa no acababa ahí.

Andy era la última persona que había visto a Alden Oakes. La última.

El hombre desapareció después de la entrevista. Se desvaneció. Aquel día, Andy vio algo en el salón de baile del hotel cuando el pintor y él estuvieron a solas. A solas según Andy. Lo que observó le planteó más dudas de las que solucionó. Parecía casi como si Andy se hubiese adentrado en el sueño de otro, o en la pesadilla, según cómo interpretases las cosas. Y Andy no lo tenía claro. Había cambiado de opinión mil veces en los últimos meses. Cuanto más retrocedía en el tiempo, menos seguro se sentía. No de los hechos, sino de su propia percepción. Hubiera deseado tener a otra persona con quien poder contrastar las cosas, un segundo testigo, alguien que validase sus recuerdos. Él sabía lo que había visto. Después de eso, su mente se abrió a... otras posibilidades. Estaba convencido de lo siguiente: los fenómenos sobrenaturales ocurren. Los hechos inexplicables sí que tienen explicación; simplemente algunas personas no están listas para escucharla.

Una de esas personas era el redactor jefe de Andy, Doyle Jeffries.

Aquel día, Andy corrió hasta las oficinas del *Advertiser* después de registrar rápidamente la habitación de hotel del pintor para exigir ver a Jeffries. El redactor jefe estuvo ahí sentado mirando fijamente a Andy mientras este contaba su historia con pelos y señales. Cuando terminó, estaba sin aliento y con el cuello de la camisa flojo y empapado de sudor.

Jeffries colocó los dedos en forma de tienda de campaña y los apretó contra sus labios.

—¿Quién te ha metido en esto? —preguntó el jefe.

Andy no entendía nada. Tenía otro de esos presentimientos. Esta vez sentía como si una placa de hielo resbaladiza se hundiese en su interior, descendiendo hacia lo más profundo de su ser. Iba a vomitar. Había tenido unos segundos para salvar su carrera, para evitar que se esfumase su sueño de los titulares de primera plana y de la fama.

—Red Phelan —respondió.

El de su compañero de oficina fue el único nombre que se le ocurrió en ese momento.

—¿Red? —inquirió Jeffries arqueando una ceja.

—Sí, señor.

Andy sentía cómo le ardía la cara.

Entonces Jeffries hizo lo más inesperado del mundo: empezó a reírse. Y no paró hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Deberías saber que no me van las jugarretas, Anthony.

Andy Van Nortwick no corrigió a su jefe. En lugar de eso, esbozó una sonrisa forzada y asintió.

—Lo sé —dijo.

Jeffries golpeó su enorme escritorio con la palma de la mano y todo rebotó, Andy incluido.

—Como sucede con un enorme motor, un periódico puede acumular calor. Y las cosas acaban explotando, claro. Dalo por hecho. Excepto si de vez en cuando liberamos un poco de vapor. Tengo sentido del humor. —Se quitó las gafas y limpió los cristales—. ¿Red está aquí? ¿Está detrás de la puerta escuchando?

Lo llamó.

—Casi me engañas, pelirrojo desgraciado y siempre manchado de tinta. Pero no lo has conseguido. Si estás ahí, será mejor que pases.

Andy se volvió para fijar su mirada en la puerta abierta, esperando que Red estuviese en cualquier otro rincón del planeta. Rezó para que estuviera en un partido. En algún lugar, uno cualquiera, excepto la sala de prensa.

Sus plegarias fueron escuchadas.

Más adelante, Andy compraría el futuro silencio de Red al respecto con una caja de *whisky* canadiense, y su compañero nunca olvidó el sospechoso acuerdo al que habían llegado. «No pensé que llegaras a ser capaz, chaval. ¿Y si me vas a buscar un sándwich de jamón?»

Andy estaba reviviendo la destrucción de su carrera cuando una tos resonó cerca de él. Era Red. El desaliñado deportista parpadeó de pie frente a él.

—La silla, chaval —dijo.

Sobresaltado, Andy se alejó de la mesa y se retiró hacia el alféizar.

Red se sentó. El cigarro barato que sostenía en un extremo de la boca había desaparecido. Reclinó la silla, golpeó el escritorio con los tacones y se colocó el sombrero de fieltro sobre la cara con intención de empezar a contar ovejas cuando algo terrible ocurrió.

El carrito del correo chirrió tras el pilar.

El gestor de la oficina de correspondencia arrugó la nariz en dirección a Red, que estaba inclinado de manera flagrante, y le dijo a Andy:

—Jovencito, tiene usted correo.

Le tendió la caja atada con una cuerda procedente de Brasil.

Totalmente despierto y alerta, Red extendió una mano llena de pegas e interceptó la entrega.